

El lenguaje anticomunista del tradicionalismo católico: análisis del discurso e ideología de los sacerdotes Joaquín Sáenz Arriaga y Julio Meinvielle y su influencia en la lógica del régimen militar argentino de 1976-1983

Austreberto Martínez Villegas*

Resumen

El lenguaje y los significantes de los colectivos militares que intervinieron en el régimen que gobernó Argentina entre 1976 y 1983, deben ser comprendidos a la luz de la ideología del anticomunismo de origen religioso, el cual influenció la lógica no sólo de los actores militares que se veían a sí mismos como “soldados de Cristo” en lucha contra el demonio comunista, sino también de otros colectivos derechistas.

Dos sacerdotes: Joaquín Sáenz Arriaga y Julio Meinvielle, desarrollaron un discurso que con fundamento no sólo en una concepción tradicionalista del catolicismo sino también en la teoría de la “conspiración judeo-masónica”, contribuyó al exacerbamiento de las posturas anticomunistas durante décadas.

Joaquín Sáenz Arriaga fue un jesuita mexicano que promovió la teoría del sedevacantismo como reacción al Concilio Vaticano II y fue mentor del grupo radical de los Tecos de Guadalajara, mientras que Julio Meinvielle fue un sacerdote argentino, prolífico escritor que influyó en la línea ideológica de grupos anticomunistas como Tacuara.

La presente ponencia propondrá un análisis comparativo de los planteamientos ideológicos de ambos clérigos, lo que ayudará a comprender en mayor medida el lenguaje y el ideario del anticomunismo de base religiosa presente entre varios de los actores del régimen militar.

* El autor es maestro en Humanidades con línea en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana y estudiante del doctorado en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

El lenguaje anticomunista del tradicionalismo católico: análisis del discurso e ideología de los sacerdotes Joaquín Sáenz Arriaga y Julio Meinvielle y su influencia en la lógica del régimen militar argentino de 1976-1983

Introducción

El lenguaje y de la ideología que conformaron la lógica de los colectivos militares que intervinieron en el régimen que gobernó Argentina entre 1976 y 1983, integraron como uno de sus elementos fundamentales el anticomunismo, es decir la oposición radical a la expresión de cualquier proyecto inspirado en los planteamientos del marxismo, considerado como enemigo de la nación y en general de la civilización occidental. Esta fue una de las bases ideológicas principales de la denominada “lucha antisubversiva” que pretendía borrar literalmente toda manifestación política y social del izquierdismo de índole marxista, sin importar los medios usados para ello.

Este anticomunismo, fue inspirado en buena medida por aspectos religiosos, lo que influenció la lógica de los actores militares que se veían a sí mismos como “soldados de Cristo” en lucha contra el demonio comunista. Como bien lo han señalado algunos autores: “el catolicismo fundamentalista y el anticomunismo habían sido, a lo largo de todo el siglo, los componentes más estables de la cultura militar y de sus alianzas político-sociales”(Novaro y Palermo, 2003: 34).

Dos sacerdotes: Joaquín Sáenz Arriaga y Julio Meinvielle, desarrollaron un discurso que con fundamento no sólo en una concepción tradicionalista e integrista del catolicismo sino también en la teoría de la “conspiración judeo-masónica”, contribuyó al exacerbamiento de las posturas anticomunistas precisamente en los años previos al golpe de estado de 1976.

Joaquín Sáenz Arriaga fue un jesuita mexicano que, como reacción a las reformas impulsadas por el Concilio Vaticano II (celebrado entre 1962 y 1965), promovió la teoría del sedevacantismo, inspirándose, entre otros, en los planteamientos del intelectual argentino integrista Carlos Alberto Disandro. Sáenz Arriaga fue mentor del grupo católico radical de los Tecos de Guadalajara y si bien no puede asegurarse ningún vínculo con quienes ocuparon puestos de poder durante la dictadura, es factible la influencia de sus escritos entre algunos de los militares argentinos, tomando en cuenta que algunas de sus obras fueron editadas en la Argentina.

Por su parte Julio Meinvielle fue un sacerdote argentino, quien desde los años treinta cuando se enfrascó en una aguda polémica en contra del intelectual promotor del humanismo cristiano Jacques Maritain, adquirió una gran notoriedad en los círculos cercanos al nacionalismo católico argentino. Si bien nunca al parecer, asumió como propias las tesis sedevacantistas, su crítica al progresismo católico, postura emergente en los años posteriores a las reformas del Vaticano II, lo hace afín al tradicionalismo, especialmente

por sus planteamientos en favor de un modelo de cristiandad y de un Estado Católico, así como por su argumentación centrada en torno a la existencia de una conspiración judeomasónica enemiga de la Cristiandad.

La presente ponencia propondrá un análisis de los planteamientos ideológicos de ambos clérigos y el alcance de su posible influencia en la lógica de algunos de los actores que participaron en el régimen militar que gobernó Argentina entre 1976 y 1983, lo que ayudará a comprender en mayor medida las características del lenguaje y el ideario del anticomunismo con fundamentación religiosa, presente en dicho contexto.

La comprensión del aspecto religioso de las lógicas militares vigentes en los años de la dictadura, es necesaria para una profundización del conocimiento de la mentalidad de quienes se pusieron como objetivo principal para lo que consideraban la salvación de la patria y de la fe, la eliminación de la subversión marxista. Esto puede ser un elemento clave para una posible profundización en la interpretación de los argumentos que durante estos años se usaron para justificar prácticas que actualmente son consideradas por los organismos derechos humanos como reprobables.

El anticomunismo en el contexto del pensamiento católico tradicionalista-integrista

El marxismo en general y desde luego sus variantes socialistas y comunistas, fueron objeto de condena por parte de las altas autoridades eclesiásticas, particularmente desde mediados del siglo XIX y durante buena parte del siglo XX.

Los papas Pío IX, León XIII, Pío XI y Pío XII, condenaron severamente al marxismo en cualquiera de sus vertientes y desde luego cualquier tipo de colaboración de los católicos con los partidarios de dicha ideología. Entre estas condenas destaca la encíclica *Divini Redemptoris* de 1937, en la que Pío XI califica al comunismo de “intrínsecamente perverso”.

A partir de la asunción al papado de Juan XXIII y en especial del *aggiornamento* de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II, el tono de las condenas disminuyó notablemente su vigor, si bien no puede hablarse de una aceptación plena de la colaboración de los católicos con los marxistas y mucho menos de las tesis materialistas, el énfasis puesto en encíclicas y documentos como *Pacem In Terris Gaudium et spes*, en la solidaridad humana y la preocupación por la igualdad social, fueron el punto de partida del acercamiento de numerosos clérigos a la izquierda política. De ello se derivaron tendencias innovadoras especialmente en América Latina, que se manifestaron a través de diversas expresiones: la experiencia de los curas guerrilleros, la aparición de la Teología de la Liberación y el inicio de la organización de las Comunidades Eclesiales de Base. Dichos fenómenos propiciados por las progresistas declaraciones expresadas por los obispos congregados en la reunión de la Conferencia General del Episcopado latinoamericano (CELAM) de 1968 en Medellín, Colombia.

Ante este panorama, algunos núcleos católicos en varios países del mundo, se inconformaron por lo que consideraban el avance de la infiltración comunista en el seno de la Iglesia, iniciándose una crítica sistemática hacia los clérigos cercanos al progresismo, la cual en algunos casos fue evolucionando hacia una serie de cuestionamientos a la jerarquía eclesiástica en su conjunto e inclusive hacia el papado. Estos grupos se proclamaron a sí

mismos como tradicionalistas,* al asumir como tarea propia la defensa de la Tradición católica, ahora amenazada por las nuevas directrices proclamadas por el Vaticano II.

A nivel internacional uno de los principales dirigentes de esta tendencia fue el arzobispo francés Marcel Lefebvre quien fundó en 1970 un seminario en la localidad suiza de Econe. Este jerarca fue suspendido en sus funciones sacerdotales en 1976 por ordenar sacerdotes sin el permiso papal y en 1988 fue excomulgado por el papa Juan Pablo II al atreverse a ordenar obispos sin el consentimiento del obispo de Roma. No obstante la excomunión se levantó sobre los cuatro obispos ordenados por Monseñor Lefebvre.

A pesar de sus fuertes críticas a las autoridades de la Iglesia posconciliar, Lefebvre nunca aceptó la tesis sedevacantista, por lo cual se podría hacer una clasificación sumaria de dos tendencias principales en el tradicionalismo, que si bien convergen en muchos aspectos, difieren en su consideración en torno a la autoridad papal:

- a) El sedevacantismo es la corriente más radical del tradicionalismo católico, ésta denominación se deriva de su planteamiento de que la sede de Roma, es decir el trono papal, está vacante debido a que los papas posteriores a Juan XXIII o no fueron electos legítimamente o han caído en herejía, es decir la Iglesia se encuentra según ellos en “sede vacante”.
- b) El lefebvrismo al mismo tiempo que denunciaba lo que consideraban prácticas heréticas propiciadas por el Concilio Vaticano II, casi en los mismos puntos que criticaron los sedevacantistas, nunca negaron la legitimidad del pontificado de Juan XXIII ni de Paulo VI, ni de sus sucesores, ellos continuaron siendo considerados como legítimos y verdaderos papas aun cuando no fueralícito obedecerlos.

Tanto sedevacantistas como lefebvristas, coinciden en condenar totalmente al marxismo en todas sus manifestaciones, rescatando en todo su vigor la legislación papal anterior al Concilio Vaticano II. De esta forma aquellos que cuestionaban la “apertura hacia la izquierda” de algunos clérigos latinoamericanos, hallaron en los argumentos tradicionalistas un respaldo para sus posiciones.

Cabe mencionar que la categoría “integrista” puede designar a todos aquellos actores, que pretendían la conservación de la integridad de la Fe, misma que había sido amenazada por el progresismo que en los años posteriores al Concilio se hallaba en su apogeo. Podría englobarse en esta categoría tanto a los núcleos tradicionalistas ya mencionados como a aquellos que aun aceptando el Concilio Vaticano II y la autoridad papal lo interpretaron bajo una perspectiva conservadora radical, como fue el caso de Julio Meinvielle o en México el de Salvador Abascal infante.

El tradicionalismo y el integrista, se hallaban en pugna con la nueva doctrina del Concilio Vaticano II respecto a la libertad religiosa proclamada en el documento conciliar *Dignitatis Humanae*, debido a que en él se promovía el respeto a la libertad de todos los hombres a practicar la religión que su conciencia le indujera. Con ello se terminó con la aspiración del catolicismo de ser la única religión verdadera y se abrieron las puertas al

* Se utilizará la categoría “tradicionalista” para distinguirla de otras corrientes que guardan una relación conflictiva con los cambios, siguiendo el planteamiento de Reynaldo Sordo quien considera que: “el conservadurismo admite el cambio, pero asegura que éste debe ser gradual, firme y respetar el pasado. El tradicionalista piensa que la sociedad no debe cambiar y que es posible mantenerla estática” (Sordo, 1999: 136)

diálogo con las otras religiones, además de que se derribó la legitimidad religiosa de los Estados confesionales.

Los tradicionalistas e integristas latinoamericanos reconocían a su nación como eminentemente católica, por lo que el Estado ideal debería ser confesional, restringiendo la acción de otras confesiones religiosas con el fin de evitar la “propagación del error”. De esta forma se oponían al liberalismo y a la secularización de lo político.

De esta forma, puede observarse que buena parte del discurso anticomunista y en favor de un Estado católico que reprimiera toda manifestación que atentara contra la fe, se reproduciría en la dictadura militar, por lo que es probable que los ideólogos del régimen contaran entre sus fuentes de formación ideológica, a los autores que se analizarán en el presente texto.

Los planteamientos de Joaquín Sáenz Arriaga: La teoría sedevacantista en lucha contra la subversión en la Iglesia

El sacerdote mexicano Joaquín Sáenz Arriaga, nació en Morelia en 1899 y fue ordenado sacerdote en 1930 en la Compañía de Jesús, desempeñando los primeros años de su ministerio sacerdotal en el contexto del periodo posterior a la guerra cristera, en un escenario de relaciones hostiles entre la Iglesia y el Estado en México. Fue director de la Confederación Nacional de Congregaciones Marianas entre 1939 y 1947 (Pacheco, 2007: 351).

Desde los años treinta fue un personaje cercano al grupo radical anticomunista de los Tecos de Guadalajara, quienes impulsaron la fundación de la Universidad Autónoma de Guadalajara en oposición al gobierno del Estado de Jalisco que pretendía implementar el socialismo como la base de la enseñanza en la Universidad de Guadalajara. (Rius, 1983: 57)

Hacia la segunda mitad de la década de los sesenta y en los años posteriores al Concilio Vaticano II. Aun sin desconocer todavía la autoridad papal, escribió algunas publicaciones en contra de la apertura al diálogo con el pueblo judío promovida en el documento conciliar *Nostra Aetate*. Asimismo ejerció una crítica severa en contra de las declaraciones y experimentos progresistas de clérigos y jerarcas residentes en México, como Gregorio Lemercier, Iván Illich y Sergio Méndez Arceo.

Sáenz Arriaga fue un ferviente seguidor de la teoría de la “conspiración judeomasónica” la cual estaba detrás del marxismo y de todo movimiento social de izquierda, por lo que se hacía necesaria la defensa de los católicos en contra del judaísmo en sus múltiples formas de ataque: “El problema judío es exclusivamente la legítima y necesaria defensa de las esencias mismas de lo que somos, de lo que creemos, de lo que amamos, de lo que constituye el patrimonio más sagrado de la humanidad. El ataque no es nuestro es de ellos; no habría defensa si no hubiera ataque” (Sáenz, 1966: 40). En este sentido el diálogo entre judíos y católicos era considerado como una traición y una “entrega al enemigo”, los católicos no podían bajar la guardia ante un enemigo que desde hace dos mil años maquinaba para destruir a los discípulos de Cristo.

Para Sáenz Arriaga, la recurrente argumentación judía en torno al holocausto era excesiva y cualquier compasión hacia el pueblo hebreo era perder de vista que ellos son los verdaderos dirigentes de la masonería y de los grupos comunistas “¿Acaso son ellos los únicos que han sido perseguidos en la historia del mundo? ¿Por qué no condenar también específicamente a la masonería y al Comunismo, engendros ambos de la mafia judía, que han causado millones y millones de víctimas en todo el mundo?” (Sáenz, 1966: 45).

Una situación relevante para este clérigo, era lo que él consideraba la infiltración marxista en la Iglesia a través del progresismo. Sáenz Arriaga atacó en sus escritos a aquellos prelados que tomaban la nueva ruta de dialogo con el mundo auspiciada por el Vaticano II. “Para el progresismo todas las teorías inficionadas , que han nacido del ateísmo y del materialismo dialéctico, purificadas, cristianizadas, pueden ser incorporadas definitivamente en la doctrina de la nueva Iglesia, la Iglesia sin prejuicios , que acepta todo lo que venga de los enemigos, para fusionarse así en la religión de la fraternidad universal” (Sáenz, 1967: 67). La alarma ante la hipótesis de la unificación de todas las religiones en un solo credo sincretista como propósito final del ecumenismo, era algo común para los tradicionalistas. Se consideraba que esta una meta de la masonería para destruir a la única verdadera religión.

Entre 1969 y 1971, Sáenz Arriaga cuestionó abiertamente la legitimidad y validez de la misa dicha en español y de cara al pueblo y hacia 1972, proclamaría abiertamente su adhesión a la teoría sedevacantista, en ese año fue excomulgado por el arzobispo de México Miguel Darío Miranda.

Para Sáenz Arriaga el comunismo “es incompatible con nuestra religión, como también lo es con los derechos fundamentales del hombre, con nuestras libertades básicas, con la dignidad de la persona humana. Luego el comunismo es esencialmente injusto y abiertamente opuesto a la paz del mundo. Luego el comunismo está en pie de lucha y nosotros no podemos hablar de paz ni de convivencias pacíficas, sin traicionarnos a nosotros mismos, favoreciendo peligrosísimamente el triunfo de nuestros enemigos, que para nosotros significaría la esclavitud, la destrucción y al muerte” (Sáenz, 1971: 163). En estas líneas se observa un espíritu bélico en contra de todo aquello que pudiera concretar una amenaza de la subversión marxista, cualquier actitud pacífica podría ser como un suicidio para la preservación de la fe. “El comunismo se ha propuesto destruir la fe en Dios, lo mismo arrasando templos, edificios destinados al culto, que masacrando hombres que tienen en su corazón su propio templo. Pretender juntar el comunismo con el cristianismo no puede ser más que una claudicación, en el mejor de los casos, pero en el peor, una traición”(Sáenz, 1972: 314). De esta manera Sáenz Arriaga consideraba que los jerarcas católicos de varios países latinoamericanos, estaban entregando su país al peor de los enemigos al intentar colaborar con los marxistas en pro de la justicia social.

Consecuentemente con esta actitud de profunda condena y aversión hacia el marxismo, cancelaba toda posibilidad de entendimiento o coexistencia con el comunismo, algo que era un tema recurrente en la geopolítica mundial de la época: “¿Es posible la coexistencia pacífica entre la Iglesia Católica y el comunismo ateo? ¿Puede haber coexistencia entre la afirmación integral del Evangelio y la negación totalitaria del comunismo; entre la caridad y el odio; entre la luz y las tinieblas? “Quien no está conmigo está contra mí” dijo el Divino Maestro, y su palabra eterna tiene la misma autoridad y sentido ahora que hace dos mil años.”(Sáenz, 1971: 158) Para el jesuita, no había más opción: luchar enconadamente contra el comunismo pues de lo contrario, se estaría traicionando al mismo Cristo, todo aquel que no fuera anticomunista era según esta postura, un Judas que no merecía ser contado entre los verdaderos católicos.

Sáenz Arriaga advertía a los gobiernos civiles sobre los riesgos de ser demasiado complacientes con el marxismo:“El mayor peligro, que yo veo para nuestro país y para todos los países de América Latina es el que las autoridades civiles se dejen adormecer por

el canto de las sirenas, que, a nombre de Cristo y del Evangelio, a nombre de caridad y de justicia social, están haciendo el juego al comunismo internacional; le están preparando el camino de su continental dominación. Para el progresismo es tiranía el gobierno de El Salvador y de Brasil y de Paraguay y de Bolivia y de todos los demás países, que, ante el peligro, han reaccionado virilmente, echando del país a esos secretos emisarios del vaticano, a esos curas extranjeros, que están haciendo el lavado cerebral a las inconscientes multitudes [...] que emulan los mítines del partido comunista y nos presentan un falso Cristo revolucionario y guerrillero” (Sáenz, 1973: 314). De haberse escrito la frase anterior durante 1976, sin duda Argentina también habría sido nombrada como un país que había reaccionado virilmente ante el peligro marxista. Sáenz Arriaga como ideólogo principal del tradicionalismo en México mostraba la proclividad de los anticomunistas opuestos a las reformas del Concilio Vaticano II a apoyar el accionar de los regímenes autoritarios, los cuales aseguraban poner freno a las actividades de los comunistas. Aun cuando miles de kilómetros separan México de Argentina, las lógicas militantes del anticomunismo muestran similitudes innegables.

Julio Meinvielle, teórico del integrismo católico argentino en lucha contra Marx

Julio Meinvielle nació en 1905 en Buenos Aires y fue ordenado sacerdote en 1930. Logró gran notoriedad cuando en 1936 durante una visita a Argentina de quien sería quizás el máximo representante del humanismo cristiano, Jacques Maritain, se le enfrentó en un principio debido a sus posturas encontradas en torno a la Guerra Civil Española y posteriormente debido a la proclividad democrática del humanismo propuesto por el francés. Para Meinvielle, el alzamiento comandado por Francisco Franco era una expresión necesaria de la lucha anticomunista destinada a conservar la esencia católica de la España guerrera y evangelizadora.

En 1937 fundó la Unión de Scouts Católicos Argentinos. Meinvielle participaría entre los años treinta y setenta del siglo XX en numerosas publicaciones católicas de tendencia conservadora e integrista como *Criterio* (en su primera época), *Cruzada y Universitas* (también en sus primeras épocas) *Sol y Luna*, *La Fronda*, *Ortodoxia*, *Verbo*, *Estudios Filosóficos y Teológicos*, *Cabildo*, *Mikael*, entre otras. También fue fundador de otras revistas como *Diálogo*, *Nuestro Tiempo*, *Balcón* y *Presencia* (Ruiz, 2006: 20). En dichas publicaciones el padre Meinvielle desplegó su pensamiento fundamentado en el tomismo de la filosofía escolástica, retomando las concepciones políticas de Santo Tomás de Aquino forjando así una concepción de lo público y de la soberanía totalmente ajena al liberalismo y a la modernidad ilustrada. Influenciado por la Doctrina Social Católica previa al Concilio Vaticano II veía en el ideal del Reinado Social de Cristo, el objetivo que debía perseguir todo católico para lograr una sociedad fundamentada en el orden más adecuado para el desarrollo de toda su plenitud espiritual y material.

Para Meinvielle el comunismo era algo absolutamente condenable ya que ponía en el lugar de Dios al hombre: “El socialismo auténtico es antiindividualista, antidemocrata y antilibertario: La soberanía panteísta que el liberalismo atribuye al pueblo, el socialismo la atribuye a la clase proletaria (Meinvielle, 1932 (1974):48). Para Meinvielle el catolicismo había sido atacado por tres revoluciones desde el fin de la edad media, la primera de ellas fue la reforma protestante que quebró la unidad religiosa de Occidente, la segunda fue la Revolución Francesa que con los principios de libertad, igualdad y fraternidad, habría quebrantado la soberanía de Dios sobre las naciones y después vendría una tercera revolución: la comunista, que tendría como propósito la esclavitud total del hombre: “Nos

hallarnos en la tercera revolución, que es la comunista, la revolución proletaria, en la que el obrero, el obrero descalificado y marginal suplantará al burgués y repudiará a la economía burguesa de propiedad privada; quiere suplantará al político y repudiará a los gobiernos de autoridad al servicio del bien común; quiere suplantará al sacerdocio y erige en sistema al ateísmo militante. El comunismo, extendido hoy a una gran, el proletario, quiere desplazar al burgués, al político y al sacerdote. Quiere parte del globo, señala la última de las revoluciones posibles en un ciclo cultural. Después de él, y aun ya con él, no es posible sino el caos. El comunista es un hombre a quien se le ha quitado su formalidad sobrenatural de hijo de Dios, su formalidad natural de hombre, su formalidad de animal sensible. El comunista convierte al hombre en una cosa – un tornillo, una tuerca – de una gran maquinaria que es la sociedad colectiva del proletariado”. (Meinvielle, 1961 (1982): 32).

El comunismo es para Meinvielle la deshumanización del hombre, la reducción de la persona a la condición de máquina sin espíritu y sobre todo la sustitución de los valores cristianos por aquellos de la idolatría hacia el proletariado y su “redención material”: “La afirmación de la humanidad, su pérdida en el capitalismo y su recuperación y salvación en el comunismo, responde a la versión profana y económico-social del misterio cristiano de la Encarnación [...] el proletariado adquiere los atributos de mesianidad que en el cristianismo corresponden a Cristo, el Salvador y la ciudad del trabajo comunista es la versión marxista del Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia” (Meinvielle, 1970 (1990): 244). De esta manera, el comunismo se convertía para el clérigo argentino en una usurpación de la religiosidad, la redención salvífica de Cristo era sustituida sacrílegamente por la redención material del proletario

La democracia liberal era considerada por Meinvielle como el factor que producía un debilitamiento general en los mecanismos de defensa general de las sociedades cristianas para que éstas pudieran ser avasalladas por el marxismo: “El comunismo avanza porque hay agentes que trabajan para su penetración. Pero el comunismo avanza también porque los pueblos han quedado desarmados ante esa penetración. Las ideas de naturalismo, liberalismo, democracia moderna, capitalismo, socialismo – de ofrecer una defensa contra él –, operan como factores de ablandamiento que le preparan el terreno. El cristianismo diluido, lo que hoy se llama un “humanismo cristiano”, también se lo prepara.” (Meinvielle, 1961 (1982): 41). En las líneas anteriores no sólo se ataca a la democracia liberal producto de las ideas de la Ilustración, sino también a la democracia cristiana que en los años sesenta era considerada por los integristas como la antesala a la colaboración con el comunismo y desde luego el “engendro político” del adversario ideológico de Meinvielle, Jacques Maritain.

El tema de la “conspiración judeo-masónica” estuvo también ampliamente presente en los planteamientos de Meinvielle de la misma forma que lo estuvo en el discurso de Sáenz Arriaga, aunque el argentino tuvo una profundidad mayor en su argumentación, especialmente por la interpretación y el papel que le asigna a la Cábala judía, como elemento religioso clave en los afanes de dominio mundial hebreos: “No es otra cosa el progresismo, en su raíz profunda, que un intento de interpretación gnóstica o monista del cristianismo, y por ello, “humo de Satanás” que aniquila la teología y el cristianismo, y el hombre, y la salvación. Y eso se cebaba detrás de los “pueblos bíblicos” pagano y judaico, perversiones del orden de la mera ley natural y del pueblo de Israel de la antigua Ley. El progresismo es un asalto a la Iglesia, al pueblo cristiano, a la Cristiandad.” (Ruiz, 2006: 29). En este sentido, la Cábala sería una interpretación adulterada de la Ley Mosaica que estaría destinada a alimentar la sed de poder del pueblo judío sobre el resto de la

humanidad, para lo cual era necesario destruir a la Iglesia: “La revolución mundial [...] tendría como objetivo fundamental la destrucción del poder de la Iglesia Católica romana y de su obra civilizadora, es decir, de la civilización cristiana. Este intento cabalístico se habría perpetrado a través de las sectas gnósticas como los albigenses, los templarios, el ocultismo y en la edad media y edad moderna a través de las innumerables sociedades secretas que, a su vez, impulsan los movimientos comunistas y anárquicos. El peligro judeo-masónico comunista no sería sino la ejecución, en el plano práctico y político, de la Cábala”(Meinvielle, 1970 (1990): 225).

En la misma línea de lo anterior, desde luego que para este sacerdote, el comunismo era una herramienta del judaísmo para alcanzar la derrota del catolicismo y la esclavitud de la humanidad no judía: “Con el comunismo los judíos exterminan a sus opositores y sujetan a los cristianos a un yugo de esclavos imposible de romper. Porque el comunismo es típicamente judaico, y ha sido y es financiado con el dinero judío” (Meinvielle, 1937 (1963): 93). Julio Meinvielle fue un autor de gran renombre entre los nacionalistas argentinos y en consecuencia es probable que muchos de los involucrados en la dictadura militar hubiesen leído en alguna ocasión alguno de sus textos. De hecho sus escritos fueron promovidos en el sistema educativo durante los años de la dictadura, lo cual es una muestra de la identificación de varios de los involucrados en la dictadura con la ideología del sacerdote.

La influencia del tradicionalismo y del integrismo católico en el discurso religioso favorable a la dictadura militar

No es el objetivo del presente texto indagar si Sáenz Arriaga o Meinvielle fueron objeto de lectura directa de los implicados en la dictadura militar argentina de 1976-1986, es muy probable que así haya sido en el caso del segundo, pero no obstante es posible verificar en algunas expresiones de ciertos jerarcas que no disimularon su abierto apoyo al régimen autoritario, la influencia de algunos de los postulados difundidos por los sacerdotes estudiados.

No es posible afirmar un apoyo total de la jerarquía católica al régimen dictatorial, pero sí de una buena parte de los obispos y altos jerarcas que en aquel entonces conformaban la Conferencia del Episcopado Argentino quienes apoyaron abiertamente el discurso en torno a la lucha contra la subversión, entre ellos solo se citaran algunos ejemplos sin afán de agotar los casos de jerarcas que en algún momento expresaron algún tipo de respaldo al régimen en nombre de una lucha anticomunista en pro de la salvación de la Cristiandad, algunos de estos nombre son : Adolfo Tortolo, Victorio Bonamin y José Miguel Medina.

Uno de los jerarcas eclesiásticos argentinos que se mostró más afinidad a la dictadura fue Adolfo Tortolo arzobispo de Paraná, vicario de las fuerzas armadas y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina entre 1976 y 1978. El día del golpe, 24 de marzo de 1976, se reunió con los integrantes de la junta militar tras lo cual exhortó a los fieles católicos a apoyar y cooperar con el nuevo gobierno. Un día antes, Jorge Videla y Emilio Massera ya se habían reunido con Tortolo, por lo que su accionar ya era conocido antes de los acontecimientos por el prelado. Asimismo en 1977 cuando ya los procedimientos del régimen eran noticia de dominio mundial, declaró: “La Iglesia piensa [...] que el gobierno de las fuerzas armadas es una exigencia de la coyuntura...Por lo tanto,

se tiene la convicción de que las fuerzas armadas, aceptando la responsabilidad tan grave y seria de esta hora cumplen con su deber”(Mignone, 1986: 20).

Victorio Bonamín fue otra de las autoridades eclesiásticas que más simpatizaban con el régimen, desde su puesto como provicario de las fuerzas armadas, tuvo una cercanía considerable con los miembros de la Junta Militar. Ya desde antes del golpe, el 23 de septiembre de 1975, pronunció una homilía ante el general Viola en la que expresaba: “purificados en el Jordán de la sangre para ponerse al frente de todo el país [...] el ejército está expiando la impureza de nuestro país. ¿No querrá Cristo que algún día las fuerzas armadas estén más allá de su función?” (Mignone, 1986: 22 y Novaro y Palermo, 2003: 97). Con estas palabras prácticamente alentaba al ejército a la toma del poder y a un “baño de sangre” considerado como necesario para recuperar la seguridad y la grandeza nacional. Reafirmando el espíritu de las declaraciones antes mencionadas, el 1º de enero de 1976, el mismo Bonamin declararía en la base aérea de Chamental que “el pueblo argentino ha cometido pecados que solo se pueden redimir con sangre” (Ansaldi, 2006: 107)

Ya después del inicio de la dictadura, Bonamin, expresaba el 10 de octubre de 1976: “La Providencia puso a disposición del ejército el deber de gobernar, desde la presidencia a la intervención de un sindicato”(Mignone, 1986: 22). El diario La Nación, el 6 de mayo y el 11 de octubre de 1976, reprodujo declaraciones que evidencian la manera en que Bonamin consideraba al ejército como encargado de defender a la civilización cristiana frente al materialismo ateo: “la lucha antiguerrillera [...] es una lucha por la República Argentina, por su integridad, pero también por sus altares... Esta lucha es una lucha en defensa de la moral, de la dignidad del hombre, en definitiva es una lucha en defensa de Dios... Por ello pido la protección divina en esta guerra sucia en la que estamos empeñados”(Mignone, 1986: 24). La lucha contra la subversión era considerada pro Bonamin, prácticamente como una cruzada lo cual recuerda ampliamente el pensamiento respecto al comunismo tanto de Sáenz Arriaga como de Meinvielle.

Otro obispo cercano al régimen militar fue José Miguel Medina quien se había desempeñado como obispo de Jujuy y que en 1982 pasó a ocupar el cargo de vicario castrense en sustitución de Tortolo. Ya desde su gestión episcopal en la ciudad mencionada, se había destacado por denunciar la subversión marxista y por criticar a las organizaciones de derechos humanos (Mignone, 1986: 28). Como vicario castrense, Medina continuó con sus simpatías hacia el régimen aunque ya en el contexto de la Guerra de las Malvinas, poco pudo hacer para mantener en alto el espíritu de lucha por la cristiandad de varios combatientes.

Continuando con los nombres de más prelados identificados como simpatizantes del régimen militar se puede mencionar a Antonio Plaza, arzobispo de La Plata y capellán de la policía de Buenos Aires, Emilio Grasselli, secretario del vicario castrense y el capellán Christian Von Wernich quien en su momento asumía también funciones de subinspector de la policía bonaerense.

La justificación religiosa del proceder de las fuerzas armadas, tuvo su base no sólo en las declaraciones de altos jerarcas episcopales, sino también en el papel cotidiano que representaban los capellanes castrenses encargados de “reconfortar espiritualmente” a los soldados en sus tareas operativas, recordándoles su deber de aplastar la subversión marxista para salvar a la nación Argentina y su ser católico.

La nación católica Argentina estaba siendo amenazada en muchos frentes según las ideas postuladas por el régimen militar y por los integristas católicos, por lo que la lucha contra la subversión comunista era considerada un deber ineludible no sólo para todo buen

católico, sino también para todo buen argentino: “Se entendía , entonces, que para combatir eficientemente la “subversión “ había que atacarla , especialmente, en su causa primera, el “virus ideológico” que es diseminado por los marxistas, los comunistas o criptocomunistas, los izquierdistas, los revolucionarios en general. Aunque también los católicos tercermundistas, los freudianos, los ateos y, en una medida considerable, los liberales los peronistas y los judíos representaban una amenaza para el orden, ya que difundían ideas contrarias a su preservación, por lo que también debía perseguírseles” (Novaro y Palermo, 2003: 88). Numerosos eran los enemigos que se tenía que combatir, pero la lucha por la preservación de la catolicidad en Argentina era considerada la más grave una exigencia especialmente para aquellos que habían consagrado sus vidas al servicio de las armas.

De acuerdo con la ideología del nacionalismo católico en Argentina “la Argentina y en particular su Ejército, encarnaban de forma ejemplar la amalgama de espíritu nacionalista y catolicismo militante que se requería para enfrentar los desafíos de la hora [...] ello compelia al Ejército, en tanto institución madre de la nación, a cumplir un papel decisivo en la tarea de regeneración moral que permitiría a la Argentina y a todo Occidente no sólo combatir al comunismo , sino también las causas de su avance; esto es, las decadentes concepciones liberales, democráticas y agnósticas”(Novaro y Palermo, 2003: 93). El ejército argentino era considerado como la mejor garantía en la defensa de la nación, tal como había sido en momentos anteriores de la historia del país, las fuerzas armadas debían cumplir con su deber ante los ojos de los integristas católicos.

El Estado en el régimen militar según declaración del 6 de octubre de 1976, del general Ibérico Saint Jean “no puede reiterar actitudes ideológicas abstencionistas, sino definirse como custodiador del repertorio de valores fundantes de la Civilización Cristiana y de la Nación Argentina. Correlativamente, el marxismo será considerado pura y simplemente como una agresión a la Nación, que debe ser encarada desde el punto de vista de la Seguridad Integrada” (Saint Jean en Ansaldi, 2006: 108 y 109).

Conclusiones

Las posturas anticomunistas del tradicionalismo y del integrismo católico, influyeron en la caracterización de las lógicas del régimen militar que gobernó Argentina entre 1976 y 1983, lo cual se comprueba no sólo en el lenguaje de los actores militares que buscaron siempre la justificación de su actuación en argumentos religiosos, sino también en la manera en que clérigos y prelados de la Iglesia expresaron su apoyo a la dictadura. Es difícil saber hasta dónde Joaquín Sáenz Arriaga y Julio Meinvielle, tuvieron o no influencia directa entre los actores del régimen militar, pero sus expresiones, su concepción de la política y su militancia que fomentaba una “religiosidad de combate” fueron sin duda rasgos que se hicieron presentes en diversos episodios de la dictadura.

El catolicismo tradicionalista e integrista se vio exacerbado en varios países de Latinoamérica por la violenta reacción en contra de las reformas del Concilio Vaticano II, que fomentaron la presencia de expresiones progresistas por parte de algunos sectores del catolicismo que de esta forma se acercaron a actitudes políticas de izquierda. En consecuencia, la preocupación de los sectores tradicionalistas e integristas ya no sólo se centró en las amenazas externas relacionadas con el avance político del comunismo, sino también en la penetración que en el seno de la misma Iglesia, se consideraba estaba ocurriendo por parte de los clérigos progresistas. Esto sin duda llevó a un fortalecimiento de las posturas más radicales en algunas interpretaciones del catolicismo que se opusieron tajantemente a la apertura al mundo propuesta por el Concilio Vaticano II

Existía entonces una lógica de combate sin descanso y sin miramientos al enemigo, entre los sectores más afines al integrismo católico, el comunismo en el contexto de la guerra fría, era considerado el gran enemigo a vencer, de dejársele triunfar destruiría todo rastro de libertad, tal como lo estaba haciendo en los países detrás de la cortina de hierro. Ante ello, las fuerzas armadas eran consideradas como las portadoras de la salvación de la nación y ellas mismas asumieron ese papel como parte de su discurso justificador de sus acciones.

Argentina era una nación hispánica que debía mantener la unidad de la fe y que por lo tanto debía combatir a toda fuerza extraña a esa concepción del ser nacional. La religión como elemento constitutivo de la ideología, es un factor que siempre debe ser tomado en cuenta en los conflictos políticos y sociales, pues aun cuando los procesos de secularización se hallan cada vez más avanzados en diversas naciones, todavía persisten en la historia reciente, actitudes que desafían al racionalidad ilustrada para intentar reconstruir un mundo fundamentado en lo ultraterreno.

Bibliografía

Ansaldi Waldo, 2006, “El silencio es salud. La dictadura contra la política” en Quiroga Hugo y Tcach César (comps.) *Argentina 1976-2006: entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, (Rosario, Universidad Nacional del Litoral/Homo sapiens ediciones).

Meinvielle Julio, 1932 (1974) *Concepción católica de la política*, (Buenos Aires, Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino)

_____, 1937 (1963) *El judío en el misterio de la historia*, (Buenos Aires, Theoria)

_____, 1961 (1982) *El comunismo en la revolución anticristiana*, (Buenos Aires, Cruz y Fierro)

_____, 1970 (1990) *De la Cábala al progresismo*, (México, Sin editorial)

Mignone Emilio, 1986, *Iglesia y dictadura, el papel de la iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, (Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional).

Novaro Marcos y Palermo Vicente, 2003, *La dictadura militar 1976-1983, del golpe de Estado a la restauración democrática*, (Buenos Aires, Paidós) Colección Historia Argentina, vol. 9.

Pacheco María Martha, 2007, “Tradicionalismo católico postconciliar. El caso Sáenz y Arriaga” en Pacheco María Martha (coord.) *Religión y sociedad en México durante el siglo XX*, (México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México)

Rius Facius Antonio, 1983, *Excomulgado, por denunciar la traición del Concilio*, (México, edición del autor)

Ruiz Freites Arturo, 2006, “Padre Julio Meinvielle (1905-1973) Notas biográficas” en *Dialogo* (San Rafael, Ediciones del Verbo Encarnado) Nums. 42 y 43 julio y diciembre. Consultado en <http://www.juliomeinvielle.org/libros/nota%20biografica%20jm1.pdf> el 23 de julio de 2013.

Sáenz Arriaga Joaquín, 1966, *Con Cristo o contra Cristo*, (México, Mundo Libre).

_____, 1967, *Cuernavaca y el progresismo religioso en México*, (México, edición del autor).

_____, 1971, *La nueva iglesia monteriana*, (México, edición del autor).

_____, 1972, *¿Por qué me excomulgaron? ¿Cisma o Fe?*, (México, edición del autor).

_____, 1973, *Sede Vacante, Paulo VI no es legítimo papa*, (México, edición del autor).

Sordo Cedeño Reynaldo, 1999, “El pensamiento conservador del partido centralista de los años treinta del siglo XIX mexicano” en Morales Humberto y Fowler William (coords.) *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, (Puebla, Benemérita Universidad de Puebla/University of Saint Andrews/Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla).